

Residuos

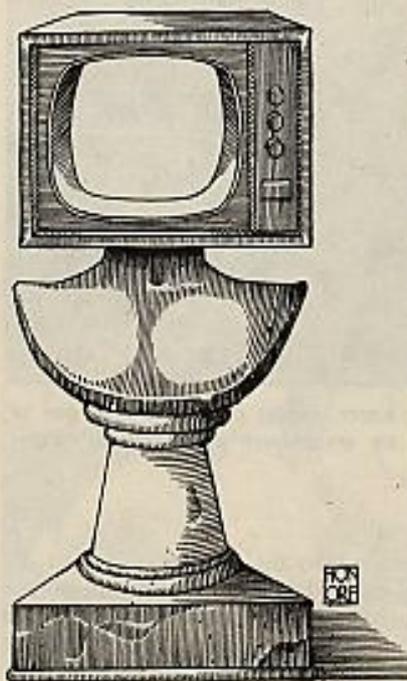
CONSIGNA QUE ALGO QUEDA

R. MUÑOZ SUAY

EXISTE una tradición de pensamientos, proverbios, sentencias, aforismos, máximas, apotegmas y demás reflexiones más o menos breves que han florecido a todo lo largo de la historia de la humanidad y que, desde siempre, hemos traspasado de siglo a siglos. Oriente y luego Occidente han cultivado los apotegmas, unas veces atribuidos a divinidades o a magos representantes o delegados de ellas

y otras a escritores, sabios y santos, que, en más de una ocasión, se han hecho célebres, sobre todo por sus breves sentencias. Pero esas reflexiones que casi siempre han correspondido al mundo de la moral, la mayor parte de las veces no han traspasado los muros de los santuarios, de las bibliotecas o de los centros universitarios. En ocasiones, cuando las iglesias las han utilizado lo han hecho ambientando sus lecturas públicas con las liturgias de la magia en los claroscuros de las reflexiones colectivas, de los rituales comunitarios.

Pero lo que sí es un fenómeno si no de estos días si de estas últimas épocas es la aparición de principios breves, cortos, sentenciosos, en boca de los guías de pueblos y transformados por ellos en consignas movilizadoras. Nada hay más ridículo que esas imágenes cinematográficas de los rostros de los dictadores que tras decir una frase rotunda, corta, simple y tópica en público miran después a las muchedumbres alineadas ante ellos y vuelven sus ojos hacia el Altísimo, reconocidos por la gracia divina de sus simplezas y agradecidos por las ovaciones de sus seguidores. Las sentencias (casi siempre de muerte) de esos guías son entre sí tan parecidas que sólo las referencias al Estado, o a la Patria, o al Partido, o a la Religión o a la Secta suponen alguna variante más o menos matizada. Por eso es fácil jugar con un «puzzle» en el que sólo son cambiantes los «atrezos». Por ejemplo ese de la gran panorámica de la Puerta de la Paz Celeste en la que más de un millón de chinos agitan cada uno de ellos por cima de sus cabezas un librito rojo frente a la casi inmóvil figura del Gran Timonel, con el resultado de que cuando nos acer-



camos a las tapas de esos breviarios leemos en ellas: «José María Escrivá. Camino. Madrid, 1957», por ejemplo. Aunque estas traspolaciones, como está claro, pueden ser infinitas y los manuales y demás recetarios de la cocina universal pueden situarse, en intercambio, en diferentes lugares y bajo cielos diversos.

Da lo mismo. Pues si el Padre Escrivá dice que «no hace falta que —las mujeres— sean sabias, basta que sean discretas», Mao opina que «nuestra tarea esencial en el dominio de la producción agrícola es organizar el empleo racional de la mano de obra y de llevar a las mujeres a participar en

la producción», de la misma forma que Jomeiny dicta que «está prohibido mirar a otra mujer que no sea la propia, a un animal o a una estatua de manera sensual o lúbrica» y Wojtyła prohíbe que «el marido mire a la propia con lujuria». El trágico problema estriba en la conversión de esas consignas en arrebatacorazones, capaces de movilizar a los pueblos tras unas llamadas patrias o tras unas determinadas banderas y sectas intollerantes. Pues a fuerza de didactismo impregnado de moralina y de recursos demagógicos, se baraja la Historia de algunos pueblos con harta frecuencia y con resultados casi siempre estremecedores. Y hurgando más en ese mal nos encontramos con esa dominación sobre las masas ejercida por los fusiles, pero exteriorizada y hecha ideal por el sagrado verbo ridículo y vulgar de sus conductores. Es como si las teorías electrónicas del fallecido comunicólogo McLuhan, con su retorno del hombre a la existencia audio-táctil y a la sociedad de tipo tribal, quedaran aprisionadas por un primitivismo todavía más desnudo en el que los dictadores al uso y abuso de nuestra época nos obligarán regresar a la tribu a fuerza de simplezas vociferantes.

Lo trágico no es que el culo deba ser purificado en tres ocasiones como aconseja el Ayatolah o que nuestro paquete intersexual no mire con desdoro a la Meca como también dicta Jomeini. Lo terrible por sus consecuencias para el que escucha embozado es oír al Padre Escrivá: «Niño audaz, grita: ¡qué amor el de Teresa! ¡Qué celo el de Xavier! ¡Qué varón más admirable San Pablo! ¡Ah, Jesús,

pues yo... te quiero más que Pablo, Xavier y Teresa!». O leer en Mao que «nunca debemos dormirnos en nuestros laureles, rechazamos nuestras suficiencias, critiquemos sin descanso nuestros propios defectos, como cada día nos lavamos la cara para estar limpios y barremos para evitar el polvo.» O descubrir que Jomeiny medita en «que los dirigentes de nuestro país han estado tan influenciados por Occidente que incluso han fijado la hora oficial de acuerdo con la de Europa (Greenwich)» lo que le obliga a lamentarse con el «¡es una pesadilla!». O recordar frases del Caudillo vencedor como ésta de que «el ¡Arriba España! es el grito de hoy, el de nuestros muertos, el de los que no se conforman con que viva, sino que la quieren ver arriba.»

La mediocridad de los líderes de cara a sus masas y, lo que es peor, de cara a la Historia, es en nuestros días más evidente que en otras épocas no tan lejanas. Esa necesidad en ellos de trivializar sus doctrinas y a través de comprimirlas en forma de consignas trasladarlas a las muchedumbres con esa justificación de la ignorancia de sus propios pueblos, nos conduce inevitablemente al holocausto civil.

Uno puede en ocasiones disfrutar de la lectura o de la escucha de las consignas, por ejemplo, del Ayatollah Jomeiny, pues en ellas y pese o gracias al contexto de su pueblo encontraremos un sin fin de consejos que nos inducen críticamente al jolgorio. Pero tras la primera reacción, tengamos en cuenta que desde hace ya muchas décadas los dictadores continentales, los isleños o los de países minúsculos, despliegan las pobreza de sus lenguajes con el único afán proselitista de embaucar y llevar a sus pueblos a la defunción, como antes con las mismas consignas condujeron a los opositores a los campos de exterminio, a las prisiones de seguridad o a las tapias de los cementerios «inciviles».

Desde Erasmo han sido muchos los humanistas y en especial en las décadas de este siglo, que han tenido que trasterrarse como opción de supervivencia, huyendo de las consignas como almas en pena. Y, por ello, en nuestras diarias actualidades cada vez que un conductor de masas, occidental o tercermundista, lanza al espacio sus consignas «ideológicas» uno se echa a temblar y con tristeza y poca resignación se ve abocado a encerrarse entre papeles y libros, ya que las fronteras actuales, con esos intercambios de mensajes de dictador a dictadores, no presuponen garantías para las libertades de uno. ■ R.M.S.



La reacción frente a los homosexuales, como hacia otros grupos marginales, ha sido moralista y discriminatoria.

¿ÉTICA DE LA VIOLENCIA ANTE LOS MARGINADOS?

MANUEL RICO LARA

Magistrado

EL tema —marginación— suscita, de hecho, posiciones ideológicas frecuentemente cargadas de prejuicios. Se impone, por tanto, adoptar una actitud serena, reflexiva y, al mismo tiempo, radical, en el sentido de avanzar hacia la raíz del problema.

El delincuente, que, en definitiva es un marginado, no nace, se hace... y no vive sólo, como un pretendido Robinson, sino dentro de un entorno social y de un específico sistema de producción, que, en defensa de sus intereses, impone unos principios morales y unos «roles» de conducta. Así, el liberalismo del «laissez faire», a pesar de su aparente neutralidad e igualitarismo formal, se presenta como un orden completo cerrado sobre sí mismo y coherente. Fuera de él no cabe sino desviación o la inclusión en zonas patógenas, disfuncionales... En consecuencia, para las sociedades burguesas aparece el delincuente como una persona «insuficiente-

mente» integrada en el consenso jurídico y moral.

Sin embargo, ante esta actitud que encierra un evidente maniqueísmo, han reaccionado algunos sociólogos, para quienes el delito sería un acontecimiento normal, asumible incluso, salvo que su aumento o disminución sean bruscos o desproporcionados. Lo cierto es que el modelo de vida americano (que se nos propone como paradigma occidental) está basado en unas relaciones competitivas y en una sociedad «meritocrática» que, por su especial dinámica, margina en su propio contexto, a chicanos, portorriqueños, negros... imposibilitados de acceder a los beneficios del «Welfare State». Junto a ellos y a su comportamiento anímico se fue generando un mundo contracultural y psicodélico integrado por amplios sectores juveniles, que tuvo su origen en los movimientos estudiantiles de Berkeley.

La reacción social ante el delito y la marginación es siempre negativa y estigmatizadora. En todo caso, cumple bien su propósito de ahondar las distancias y